

LOS MARTIRES DE LLERENA

FUI a cambiar moneda a un Banco de Estambul y el cajero, al ver mi pasaporte, me dijo: "Yo también soy español". Ni él, ni sus padres, ni sus abuelos habían estado jamás en España. Era un judío sefardita. Cualquiera español que haya viajado por esas tierras ha encontrado sefarditas, ha visto sus periódicos redactados en castellano arcaico; incluso había —no sé si hay— una emisora de radio en Israel que hablaba en ese idioma. No sé por qué recuerdo aquel sefardita cuando leo las noticias del descubrimiento del holocausto de Llerena, la ciudad donde la Inquisición torturó y mató judíos, cuyos cadáveres se descubren ahora.

Quizá sea una abstracción o un sentimentalismo sentir una emoción y una indignación por los asesinados de hace cuatro o cinco siglos. Me dejo caer a gusto en esa tentación, en ese abstractismo, en ese sentimentalismo. El sentimentalismo tiene mala prensa, mala filosofía, desde hace muchos años. Por los menos, desde que apareció Nietzsche. Habría que reivindicarlo. Limpiándolo de la cursilería, de la falsedad, lo que quedaría —lo que queda— del sentimentalismo es una ternura por el ser humano. Puede ser siniestro, puede ser falso, como cuando lo manipula Carter para hablar de los "derechos humanos". Pero se nota en seguida. Cuando es auténtico, es en sí un valor. Pienso que de nuestra literatura contemporánea lo que se va a salvar es aquello en que roza con lo sentimental.

Quizá una de las formas de salvación de nuestro tiempo estaría en sentirse solidario con todas las víctimas. No es un invento mío: lo fue del cristianismo en tiempos en que el sentimentalismo estaba también barrido. El cristianismo fuera, finalmente, a desembocar en la Inquisición de Llerena fue una de las grandes desgracias de la Humanidad, como que el marxismo fuera a desembocar en las purgas de Stalin y los campos de concentración (el nazismo es otra cosa: desembocó en lo previsto, y no en lo imprevisto, en lo que estaba inscrito en sus bases originales).

Quizá esa solidaridad se siente mucho más en las clases populares que en las que ejercen el poder (por eso las clases populares no tienen más que muy pocas veces ocasión de ejercer el poder). Tal vez porque, comúnmente, salen de ellas las víctimas.

Se puede uno sentir identificado con las momias de Llerena, por lejana que fuera su tragedia. No es un simple sentimiento de culpabilidad compensado. Es, probablemente, una manera práctica de enfrentarse con la vida: sentir el viejo dolor puede servir para evitar el nuevo, y notar la indignación por las víctimas torturadas de entonces podría conducir a enfrentarse con las víctimas torturadas de ahora. ■

POZUELO



El contraste entre el jubileo del presidente Suárez y el dramatismo de la situación por la que atravesamos puede producir la injusticia de considerarle culpable de que todo vaya mal. En la foto, Suárez, al ser nombrado presidente, en 1976.

los asustados. Poco a poco, UCD se ha ido convirtiendo en el partido del miedo. Convengamos en que todo su rostro político se ha basado en esta figura: asustar a unos contra otros. Ha ido consiguiendo, así, una cierta docilidad, por parte de sectores que en otro tiempo —en un tiempo sin miedo— hubieran podido ser, por lo menos, imaginativos.

PROBABLEMENTE esta política no es constructiva. No da la sensación de que se ejerce en el sentido de la gobernación, sino en el de la permanencia en el poder. Parece bastante asegurada. La oposición de la izquierda ofrece muy poca resistencia; la oposición de la derecha va disminuyendo en el sentido de que va siendo integrada, se va sintiendo más comprendida en el sistema de UCD, va considerando inviables los otros procedimientos.

PERO no olvidemos que la dinámica de la vida va mucho más de prisa que la dinámica del gobierno. En estos tres años, el tiempo del presidente Suárez ha sido reductor, ha buscado una lentitud, una parsimonia puramente franquistas; pero Franco tenía la capacidad de dar también una cierta lentitud a la dinámica de vida —cegar las realidades, aislar el país— y esa capacidad no la tiene, aunque la intente, el presidente Suárez. En los mismos tres años en que Suárez paseaba, la dinámica de la vida galopaba; por eso, en otros países, cuando se ha echado encima el lobo de la escasez, había y hay todavía otra capacidad de preparación y de previsión. Aquí no la hay. La carrera la está ganando la circunstancia y no la esencia política. ■